

Gastronomía, subversión, y los usos políticos de la ironía en *L'art del menjar a Catalunya* (M. Vázquez Montalbán, 1977)

ELOI GRASSET

El 18 de febrero de 1979, desde su despacho de la recién restablecida Generalitat de Cataluña, Josep Tarradellas escribía una carta a Manuel Vázquez Montalbán.¹ Desde el tono afectuoso que revela el saludo –“Benvolgut amic”– es ya fácilmente reconocible la complicidad que existía entre el presidente catalán y el escritor. Tarradellas le contaba lo mucho que le había gustado su nuevo libro *L'art de ben [sic] menjar a Catalunya* que le había hecho llegar el por entonces *conseller* de la Generalitat provisional, y secretario general del PSUC, Antoni Gutiérrez Díaz. Seguía Tarradellas: “Us felicito i considero un fet extraordinari que vós que sou un home que teniu tantes preocupacions, encara tingueu la voluntat de fer-nos conèixer les vostres experiències i donar-nos els consells per a disfrutar de la cuina catalana”. Después de extenderle una invitación para que fuera a cenar a su casa, en la parte final de la carta el presidente rememoraba con afecto las conversaciones mantenidas con Vázquez Montalbán en Saint-Martin-le-Beau, cerca de Tours (Francia), donde Tarradellas había pasado gran parte de su exilio. Reiterándole su afectuosa amistad, el mensaje acababa recordando con satisfacción que “els nostres anhels d'aquell temps” hubieran acabado siendo realidad.

La primera edición de *L'art del menjar a Catalunya* –primer libro de Vázquez Montalbán dedicado a la gastronomía– la había publicado Edicions 62 en noviembre de 1977, poco más de un año antes de que Tarradellas escribiera la carta. El volumen, que consistía en una vuelta gastronómica del autor por la geografía catalana destacando algunos de los guisos más típicos de cada región, apareció dentro de la colección de gran formato “Grans obres il·lustrades”. La cuidada edición en tela y con sobrecubierta que preparó la editorial incluía más de 300 fotografías en

¹ Carta mecanografiada de Josep Tarradellas a Manuel Vázquez Montalbán fechada el 18 de febrero de 1979. Disponible en el “Fons Manuel Vázquez Montalbán” de la Biblioteca Nacional de Catalunya.

color de Jordi Gumí, y un prólogo del periodista y reputado gastrónomo Néstor Luján. Para la promoción del libro se destacó que, al igual que otros volúmenes de la misma colección aparecidos ese mismo año —*L'art gòtic català* (1977) d'Alexandre Cirici o *Història gràfica de la Catalunya autònoma* (1977) de Edmon Vallès—, *L'art del menjar a Catalunya* era un “obsequi” ideal que “honora a qui el fa i a qui el rep”, aludiendo al compromiso político que su compra evidenciaba.²

Para aclarar la importancia del vínculo entre cultura y política por entonces vigente en Cataluña, y en el que la editorial insistió encarecidamente para estimular las ventas durante la campaña navideña, conviene recordar que el 23 de octubre de 1977, pocos días antes de que el libro llegara a las librerías, Josep Tarradellas había pronunciado la famosa frase con la que quedó rubricado su regreso: “Ciutadans de Catalunya, ja sóc aquí!”. El célebre saludo desde el balcón del Palau de la Generalitat de quien durante largo tiempo había sido presidente en el exilio fue interpretado como una victoria de la resistencia política frente a la dictadura, y un primer paso hacia la recuperación del autogobierno al que Cataluña aspiraba.

A pesar del genuino interés por la publicación de Vázquez Montalbán, el carácter íntimo de la misiva del presidente Tarradellas no parece vinculado a la impresión causada por un libro cuya publicación agradecía pero que, según indican la vaguedad de sus comentarios y la inexactitud del título, probablemente no había leído. Lo que sí puede advertirse tanto por el tono afable como por la evocación de las conversaciones mantenidas con Vázquez Montalbán en el pasado, es la complicidad política que Tarradellas distinguía y apreciaba en el escritor. A pesar de la distancia ideológica que les separaba, el afecto que destilaban las palabras del presidente catalán servía para agradecer al autor que se hubiera posicionado, ya desde los años sesenta, a favor de las reclamaciones nacionales de Cataluña. Así, con la nota personal de agradecimiento Tarradellas daba por entendido que la publicación de un volumen dedicado a la gastronomía autóctona solo podía tratarse de un ejemplo más

² Poco después de la publicación del libro aparecieron en la prensa periódica varios anuncios gráficos para promocionar el volumen. Algunos se pueden encontrar en las ediciones siguientes: *Diari Avui* (11/12/1977; 18/12/1977; 20/12/1977; 22/12/1977); *La Vanguardia* (15/12/1977; 22/12/1977; 29/12/1977; 26/1/1978; 26/1/1978).

de la responsabilidad pública que el escritor ya había asumido en otras ocasiones respecto a la defensa y protección de la identidad catalana.

Muestras de ese incuestionable compromiso de Vázquez Montalbán con las reivindicaciones políticas de Cataluña pueden encontrarse en las páginas del semanario *Triunfo*. Mayoritariamente desde la sección “Cuestiones periféricas”, que empezó a publicar en enero de 1976, Vázquez Montalbán narró cómo la sociedad catalana iba recuperando cierta normalidad institucional, al tiempo que identificó las numerosas dificultades que habían ido surgiendo durante ese proceso. Allí, por ejemplo, dio cuenta de la importancia que había tenido, el 11 de septiembre de 1976, la celebración en Sant Boi de la primera fiesta nacional de Cataluña después de la dictadura —“un auténtico hito en la historia del nacionalismo catalán” (“La Diada...” 9)—, y relató con emotividad la reivindicación masiva del *estatut* catalán durante el día de Sant Jordi del 77: “en bien cerrados baúles, el pueblo ha conservado su memoria histórica y ahora la saca a la calle” (“Volem...” 10). Un año después, desde el Paseo de Gracia de Barcelona, contó el éxito de convocatoria de la *Diada* que había conseguido reunir a más de un millón y medio de manifestantes, lo que la convertía en un “acontecimiento político excepcional, con poder propio para cambiar cualitativamente el proceso de recuperación de las instituciones catalanas” (“Los catalanes...” 9). De esos primeros artículos en *Triunfo* conviene señalar tanto las precoces referencias de Vázquez Montalbán a la necesaria recuperación de la memoria histórica del país, como el optimismo del autor respecto a la situación política en Cataluña. El entusiasmo de esas crónicas montalbanianas coincidió en el tiempo con el relato inquieto que él mismo hizo de las luchas estratégicas dentro de los distintos sectores del catalanismo (“Pujol...” 12). Sus artículos sobre las complejas negociaciones de Tarradellas con el gobierno de Adolfo Suárez (“Tarradellas...” 14) dejaban ya entrever el aprecio de Vázquez Montalbán por quien acabaría, poco después, convirtiéndose en presidente provisional de la Generalitat. La consideración que le merecía Tarradellas —a quien veía como a un De Gaulle para la derecha democrática catalana (“El degaullismo...” 71)— tenía que ver con el valor ético que reconocía en su enroque político y en la continuidad de las instituciones históricas que su nombre permitía asegurar: “Hombre fiel al pasado de su pueblo, y a su propio pasado y presente, Tarradellas sabe lo que se hace” (“Tarradellas...” 15).

Teniendo en cuenta la claridad del posicionamiento de Vázquez Montalbán respecto a Cataluña, y en desacuerdo con todo lo que Tarradellas daba por sobrentendido en su carta, el propósito principal de este artículo es demostrar que el valor político de *L'art del menjar a Catalunya* no puede reducirse al que el presidente elogiaba y que se promocionó desde la editorial. A pesar de que la crítica insistiera únicamente en que el libro consistía en una “verdadera excursión gastronómica” dedicada a “señalar los platos tradicionales en peligro de desaparecer” (V., *L'art de...*), nos parece que una lectura más atenta permite descubrir en el texto cierta función crítica que va a contrapelo de la que se le asignó. Si bien es cierto que, como se valoró desde la prensa de la época, Vázquez Montalbán aspiraba a “recuperar otra de las señas de identidad catalana, la cocina” (Sempronio, “Cartas...” 49), como probaremos, lo más interesante del libro es el valor políticamente subversivo que esconde.

Como ya se ha explicado en distintas ocasiones, la tensión irresuelta entre las convicciones ideológicas de Vázquez Montalbán y su escepticismo respecto a esas mismas convicciones es una de las características más distintivas de su heterodoxia intelectual (Colmeiro, *Memoria...; Crónica...*). Como señala José Colmeiro:

su característica postura crítica frente a cualquier dogmatismo u obcecación ideológica se fundamentaba en unos sólidos principios éticos e ideológicos que supieron adecuarse y servir de instrumento crítico de acercamiento a la realidad política y social de cada momento. (*Memoria...* 4)

Insistiendo en esta idea, a la postura crítica de Vázquez Montalbán respecto a la disolución progresiva de la izquierda y a las inercias creadas por la sociedad de consumo, en *L'art del menjar a Catalunya* se le añadiría una lectura recelosa y distante del esencialismo asociado a las particiones identitarias que se promocionaban desde algunos sectores del catalanismo político. Como demostraremos con algunos ejemplos, ese posicionamiento crítico del libro respecto a la situación política que se vivía en Cataluña queda lejos del valor que Tarradellas le adscribía cuando en su carta hablaba de la supuesta voluntad restauradora y ejemplar que el volumen tenía.

Vázquez Montalbán y la gastronomía como provocación

Para encontrar pruebas del incipiente interés de Vázquez Montalbán por la gastronomía uno puede remontarse hasta los memorables excursos que aparecen en sus primeras novelas. La fascinación por la cocina del personaje de Carvalho –y que el autor reconoció para sí mismo (Tyras 114) – sirvió como vía para tematizar el conflicto ideológico que se venía produciendo, desde los sesenta, en el seno del progresismo de izquierdas “entre la reivindicación de la emancipación colectiva, [...] y la reivindicación de la persona frente a la dictadura del nosotros” (*La literatura...* 159). Como Vázquez Montalbán apuntaría respecto a esa confrontación: “En las primeras novelas de la serie, el aspecto gastronómico tenía una fuerte dimensión pedagógica: [...] se trataba de afirmar una reivindicación del placer personal y compartido” (Tyras 114). Así, las constantes referencias al gusto de Carvalho por la cocina estaban destinadas, antes que nada, a alborotar “a la vieja guardia de los conservadores de la izquierda austera” (114).

Alejado de la literatura de ficción, *L'art del menjar a Catalunya* fue el primer ensayo de Vázquez Montalbán consagrado exclusivamente a la cocina. Como advierte Venetia Johannes en *Nourishing the Nation* (2019), y como explicamos más arriba, resulta innegable que con esta publicación el autor contribuyó a la recuperación del valor simbólico e identitario de la gastronomía catalana. Así como había ocurrido en otros campos culturales, con el establecimiento de un relato compacto sobre las señas de identidad gastronómica autóctona se aspiraba, desde el catalanismo político, a corregir la situación tremendamente precaria en la que se encontraba la cultura catalana, y a reivindicar la existencia de una tradición cultural que el franquismo había pretendido desarticular. Si uno presta atención al subtítulo del libro en su primera edición, donde se anunciaba que el lector tenía entre las manos una “crònica de la resistència dels senyals d'identitat gastronòmica catalana”, resulta obvio el empeño de la editorial en presentar el volumen como un ejemplo más del resistencialismo cultural contra la dictadura.

Aun así, a diferencia de otros volúmenes de referencia sobre cocina catalana como el *Llibre de la cuina catalana* de Ferran Agulló (1928), publicado antes de la Guerra Civil, o *El que hem menjat* de Josep Pla (1972), el libro de Vázquez Montalbán no puede leerse dejando de lado la heterodoxia característica del escritor y el contexto político preciso del

momento en que fue publicado. Si los textos de Agulló y de Pla, aunque de modos distintos, estaban dedicados a registrar las recetas más típicas de la tradición gastronómica catalana y conseguir así asegurar su supervivencia, *L'art del menjar a Catalunya* no nos parece que tuviera el mismo propósito. A diferencia de lo que asegura Johannes, leer este texto simplemente como otro libro “aimed at promoting Catalan cuisine as a sign of resistance against the old regime, and a symbol of identity to be preserved” (60) excluye gran parte del interés que tiene. Sorprendentemente, la crítica del momento tampoco supo advertir la doblez política que el texto escondía, y un crítico tan avisado como Sempronio se extrañó, desde las páginas de *Destino*, de que Vázquez Montalbán, “alguien que uno creía más bien metido en troles políticos” (“Cartas...” 49), se hubiera dedicado a escribir un libro sobre cocina popular.

El valor provocador de *L'art del menjar a Catalunya* quedaba manifiesto desde la introducción. Allí, el propio autor recurría a la ironía para explicar que con su libro intentaba, antes que nada,

prestar [un] servicio cultural y político, con el empeño de convertir[lo] en el libro rojo del catalán viajero que le acompañe por sus desplazamientos por el país y le sirva de catecismo a blandir ante las barbas de mesoneros traidores, mercantilizadores [sic] de pan con tomate y conejo a la brasa.³ (18)

Además de la función social que el volumen aspiraba a tener, para que la “reconquista” [sic] de la tradición gastronómica catalana fuera completa, Vázquez Montalbán proponía, sarcásticamente, que su tarea fuera secundada por entidades como Òmnium Cultural o el Institut d’Estudis Catalans, que debían colaborar en su esfuerzo reivindicador ayudando a crear una “red de restaurantes representativos del pasado gastronómico, ubicados precisamente en las zonas más adulteradas, a manera de misiones gastronómicas en tierra de paganos” (20). Más allá del uso crítico de la ironía, al que volveremos más adelante, resulta ahora importante insistir en otros aspectos que también permitían divisar indirectamente la voluntad subversiva y crítica del escritor.

³ Para dotar de mayor cohesión al texto, y teniendo en cuenta la gran cantidad de referencias al volumen, se ha optado por citar la traducción castellana de libro que publicó la editorial Península en diciembre de 1979, con el título: *La cocina catalana: El arte de comer en Cataluña*.

En las primeras páginas del libro, Vázquez Montalbán aludía a la diferencia sustancial entre ideología y sensibilidad, para aclarar que si bien “a la gente de izquierdas suele no importarle gran cosa si el menú del día consiste en un bocadillo de huevo duro o en una *queue de boeuf grillée à la Sainte-Menehould*”, la indiferencia ante tal disyuntiva debía asociarse “más que a una cuestión de poder adquisitivo, [...] [a] una cuestión de imaginación y de cultura” (17). A continuación, el propio autor se presentaba a sí mismo como un contraejemplo de ese estereotipo:

un servidor es de izquierdas de toda la vida y descubrió la gastronomía casi al mismo tiempo que la *Historia del pensamiento* de Cole [...] No negaré que de la obra de Cole he extraído muchas enseñanzas [...] pero esta declaración de principios no me obliga a avergonzarme de los excelentes ratos que he pasado con la ya tan citada cola de buey [...]. (17)

Del mismo modo que ocurría en las primeras novelas de Carvalho, la provocación que suponía equiparar la importancia del goce individual con el compromiso político sirvió a Vázquez Montalbán para desarticular la oposición entre ideología y cultura. Cancelando este clásico antagonismo, al que el autor aludiría en repetidas ocasiones a lo largo de su carrera como el binomio revolucionario Marat/Sade (*La literatura...* 132), Vázquez Montalbán conseguía reivindicar el valor del placer personal frente al dogmatismo poco tolerante de ciertos sectores de la izquierda. Así, además de agitar el debate ideológico sobre la división entre lo personal y lo comunitario, el autor se sacudía de encima las posibles críticas relacionadas con el hecho de que alguien tan significado políticamente como él se interesara por un tema tan supuestamente poco ideologizado y tan caprichoso como la gastronomía. Pocos años más tarde, en *Contra los gourmets* (1985), Vázquez Montalbán se referiría de nuevo a la necesidad de combatir la mala consciencia asociada al goce individual:

Ser partidario de la felicidad implica un ejercicio de desalienación constante ejercido incluso contra una excesiva toma de partido en pro de la felicidad. La gastronomía [...] solo se puede reivindicar desde un espíritu lúdico que implique la misma toma de posición gastronómica, y en cuanto el gourmet cae en la tentación del sectarismo y el dogma, se convierte en un pedante árbitro de la nada. (*Contra...* 16)

Si, como explica el autor, una reflexión sobre la cocina “sólo puede hacerse desde el desenfado” es porque cualquier aproximación doctrinal, “tiende a ser mutiladora de una relación libre y placentera con el comer como goce [...]” (13-14). Así, la celebración del placer asociado a la cocina fue aprovechado por Vázquez Montalbán para reconducir la falsa oposición entre memoria y vida, mostrando que la teórica separación infranqueable entre lo público y lo privado —es decir, entre su posicionamiento político y sus gustos personales— se encontraba permanentemente en entredicho.

Contra la jerarquización y el esencialismo cultural

Si existe un vínculo indiscutible entre el valor político de *L'art del menjar a Catalunya* y la provocación ideológica que Vázquez Montalbán había avivado desde sus primeras novelas, también nos parece pertinente destacar la relación del libro con la condición deliberadamente mestiza de las prácticas culinarias que aparecían en las ficciones de Carvalho. Además de las razones aducidas más arriba, la apuesta por la heterogeneidad *desjerarquizada* de las recetas carvalhianas, “su paladar popular” (Colmeiro, *El ruido...* 78), en que se combinan “elementos de cultura noble, [con otros] de cultura aparentemente no noble” (Tyras 114), deja entender mejor el valor político que tiene la inclusión de la gastronomía en esos textos. Ya fuera desde los fragmentos incluidos en sus novelas o desde sus ensayos, la visibilidad que Vázquez Montalbán prestó a la cocina fue, como había hecho en otras ocasiones, una manera de participar en la discusión que se venía produciendo en España desde finales de los sesenta sobre la discriminación, legitimación y jerarquización de las distintas prácticas culturales. En este sentido, la reivindicación de la cultura popular por parte de Vázquez Montalbán no era una manera de desconsiderar las formas artísticas cultas, sino de insistir en que el impacto de la cultura popular “llega a todo el mundo, incluso a los que tienen mayor voluntad de isleños, de refugiarse en una cultura ensimismada” (Colmeiro, *El ruido...* 52). Así, si como precisaba en la introducción de *L'art del menjar a Catalunya*, “el objetivo *espriano* de «salvar las palabras» [resultaba] fundamental en los tiempos que han corrido y que corren”, también debía considerarse legítimo “cualquier esfuerzo paralelo

para salvar una parcela de identidad, [la cocina], que merece un rincón en la memoria colectiva de nuestro pueblo” (*La cocina...* 18).

Escribiendo un libro sobre cocina popular catalana Vázquez Montalbán conseguía, pues, dos objetivos: por un lado, confrontar una visión elitista y jerárquica de la cultura, y, por otro, señalar la importancia de los distintos procesos de hibridación cultural que, durante la dictadura, se habían ido produciendo dentro de la sociedad catalana. Atendiendo a estas dos razones, *L'art del menjar a Catalunya* debía servir para que la variedad cultural existente en Cataluña no quedara sepultada bajo un modelo cultural que, desde los sesenta, había estado muy marcado por el despliegue del nacionalismo (Amat 278). Ese proceso de progresiva *capilarización* del discurso nacionalista dentro de los diferentes sectores del catalanismo político que Vázquez Montalbán confrontaba con su libro, se vería confirmado con la subida al poder de Jordi Pujol en 1980. Como quedaría claro entonces, y así lo señalaría el editor y crítico Josep Maria Castellet, el principal objetivo de la política cultural impulsada por el gobierno de *Convergència i Unió* era dar cobertura intelectual a un proyecto político que desconsideraba aquella parte de la población “desproveyda en general de sentiments nacionals arrelats” (“Les relacions...” 121). Como explica Anna Villarroya refiriéndose a la estratégica politización de la cultura durante esos primeros años del pujolismo:

From an ideological perspective, the ethnic dimension of identity was more prevalent in governmental rhetoric [...]. Cultural policies were chiefly concerned with the construction of identity by the recovery of the tangible and intangible elements that shape a culture. (37)

Dentro de la voluntariosa defensa de la retórica gubernamental a través de la cultura de la que habla Villarroya, y relacionado específicamente con la promoción de la gastronomía por parte de la Generalitat, conviene resaltar la organización del *Congrés català de la cuina* en 1981. A través de una serie de eventos organizados en distintas regiones y pueblos de Cataluña, el gobierno catalán aspiraba a visibilizar el vínculo de la gastronomía con el territorio. Como explican Leigh Mercer y Rosi Song, ese congreso es un muy buen ejemplo que evidencia la decidida voluntad del pujolismo “to assert its officially recognized political autonomy while establishing its own linguistic and cultural terms” (671). En la presenta-

ción del catálogo que se publicó después del congreso –volumen destinado a dejar constancia de las distintas manifestaciones culturales que se había llevado a cabo durante el año–, el por entonces *conseller* de comercio y turismo, Francesc Sanuy, aludía a la necesidad de usar la imaginación para superar las limitaciones políticas que ofrecía la recién estrenada autonomía:

Sovint hem optat per emprar la voluntat col·lectiva allà on la inèrcia i el desinterès ens estaven, progressivament, desnacionalitzant com a poble. [...] La cuina catalana està perdent els complexos i se supera dia a dia a cavall de la seva tradició i d'una fantasia estimulants. (Sanuy 3)

Las palabras de Sanuy sirven para ver de modo diáfano que, así como venía sucediendo con otros campos culturales, “talking about cooking and culinary traditions helps to embolden the region’s imagination about its identity beyond what current politics dictate” (Mercer & Song 672). Concedido ese logro, el problema que suponía ese vínculo entre ideología, identidad y cultura que el pujolismo promocionaba sin ambages, y con el que se intentaba dar continuidad al proyecto cultural que la Guerra Civil había abortado, era que dejaba fuera de la ecuación la nueva configuración demográfica resultante de los procesos de inmigración masiva que se habían producido en Cataluña, especialmente durante la dictadura. En este sentido, lo que Vázquez Montalbán parecía insinuar indirectamente en *L’art del menjar a Catalunya* era que, como se defendía desde las filas del PSUC y como recordaría Xavier Rubert de Ventós pocos años después, para la cohesión de la cultura catalana convenía que “el proyecto político [del Catalanismo] se bas[ara] en la imagen real de una Cataluña híbrida y viva [...] no en el sueño o la «cierta idea» que alguien [pudiera] tener de una cultura catalana, pura, esencial e incontaminada” (Rubert 170).

Así pues, en sintonía con la advertencia que harían intelectuales como Josep Maria Castellet o Rubert de Ventós, el compromiso ético que Vázquez Montalbán certificaba al escribir sobre gastronomía catalana pasaba por aclarar que la cultura, entendida como un conjunto heterogéneo de actitudes y hábitos, no podía reducirse a un conjunto selectivo de valores que la ideología dominante quisiera promocionar con la intención de obtener réditos políticos. Teniendo esto en cuenta, la tarea de visibiliza-

ción de la cocina autóctona que Vázquez Montalbán llevó a cabo en *L'art del menjar a Catalunya* debe ser valorada como una estrategia de intervención política destinada a redimensionar la importancia de la cultura popular en Cataluña y, además, conseguir convertirla en un instrumento de rebelión contra los discursos públicos que aspiraban a la hegemonía.

Relacionado con esta función combativa destinada a desactivar las jerarquías culturales, resulta también importante destacar el intento del autor de subvertir la concepción esencialista de la cultura nacional promovida por ciertos sectores del catalanismo. A pesar de que, como han apuntado distintos estudios dedicados a examinar la relación entre cocina y nacionalismo (Ichijo & Ranta, 2016; Ichijo, Johannes & Ranta, 2019), la tradición gastronómica de un territorio aspira a representar la esencia irreductible de una nación cultural, a Vázquez Montalbán escribir sobre cocina le permitiría justamente lo contrario: señalar que una representación rígida de la cultura esconde siempre adaptaciones y mezclas que se han ido produciendo, inevitablemente, a lo largo de la historia. En su libro *Consuming Geographies*, David Bell y Gill Valentine, refiriéndose al nacionalismo culinario británico, apuntan precisamente al valor *deseencializador* que identificamos también en los textos de Vázquez Montalbán sobre gastronomía:

there is no essential *national* food; [...] It is ironic, then, that those who claim to hate “foreign food” and eat only “plain old English fare” fail to realise that there is no such thing. [...] The foodstuffs we think of as definitionally part of a particular nation’s sense of identity often hide complex histories of trade links, cultural exchange, and specially colonialism. (169)

Esta advertencia, como hemos dicho, era necesaria en el caso catalán porque la concepción etnosimbólica (Smith 58) de la identidad cultural que se promocionaba desde el discurso nacionalista estaba centrada, antes que nada, en la promoción exclusiva de aquellos elementos culturales que fueran útiles para dotar de cohesión a una identidad política que se aspiraba a restaurar.

La voluntad de Vázquez Montalbán de señalar cómo se había ido configurando, mediante distintos procesos y adaptaciones, aquello que en Cataluña se había convenido en llamar cocina nacional, se corresponde con su obstinación por recalcar, en otros de sus textos, la importancia

de la diversidad dentro de la tradición gastronómica española. Un buen ejemplo de ese empeño puede encontrarse en *Contra los gourmets* donde Vázquez Montalbán subrayaría, de modo concluyente, que era más legítimo hablar de las múltiples cocinas de España que de una cocina propiamente española debido, precisamente, a esa irreductible variedad regional: “una cocina pluralista, porque obedece a diferentes tradiciones nacionales y regionales, que conserva antiquísimas memorias y que ha incorporado nuevas curiosidades que la convierten en una obra abierta” (*Contra...* 108).

Probado, pues, el valor subversivo que tiene *L’art del menjar a Catalunya*, hace falta observar todavía cómo el autor resuelve específicamente la incorporación en el texto de esas ambigüedades ideológicas y afectivas a las que hemos aludido en esta primera parte del artículo. Así, en lo que sigue nos ocuparemos de analizar cómo Vázquez Montalbán se sirvió de la ironía para conciliar la tensión existente entre la reconstrucción de la memoria histórica en Cataluña, y el cuestionamiento de algunas de las derivas ideológicas asociadas a la singularidad del contexto social e histórico. Si nos parece que prestar atención al empleo de la ironía puede resultar útil para nuestro propósito es porque, como indica Dominick LaCapra, “it may play a role both in the critique of ideology and in the anticipation of a polity wherein commitment does not exclude but accompanies an ability to achieve critical distance on one’s deepest commitments and desires” (128).

Usos políticos de la ironía en *L’art del menjar a Catalunya*

En su análisis sobre cómo Vázquez Montalbán resuelve textualmente su compromiso con la sociedad, Mari Paz Balibrea identifica un par de coordenadas básicas que van apareciendo a lo largo de toda su obra: el modo de representación realista y el recurso a la ironía. Si bien conviene precisar que en la llamada etapa “subnormal” de Vázquez Montalbán se produce un deliberado distanciamiento del realismo, estas resoluciones textuales constituyen, a grandes rasgos, el “correlato formal” de la particular visión montalbaniana del mundo, y “sirven para constatar unas contradicciones, unas tensiones que nunca se han resuelto: por una parte, la voluntad de representar la realidad como una totalidad coherente [...]; por otra, la necesidad de socavar continuamente la propia crítica, de cuestionar su validez” (Balibrea 30). Como desarrolla Balibrea sobre las

funciones de esos “correlatos formales”, la reiteración del uso del “realismo” en su obra prueba el “carácter central de lo social en toda la producción intelectual del autor y del proyecto de escritura como intervención positiva y pertinente” (32). Desde esta idea se entiende mejor el valor de sus textos ensayísticos y de sus crónicas, que deben interpretarse como un “esfuerzo por explicar la realidad al completo, por conectar realidades a una motivación central” (31).

En oposición a esa visión totalizadora, el uso de la ironía sirve a Vázquez Montalbán para insistir “en el desencanto y en la inutilidad de la intervención en un mundo inalterable e indiferente a todo tipo de sufrimientos” (32). En la oscilación entre estas dos estrategias narrativas complementarias “se adivina la inadecuación de los instrumentos de cambio de que dispone el intelectual de izquierdas a la complejidad de la realidad a la que se enfrenta. Sin recurso inapelable a la razón, [...] tiene que abandonar la evidencia o la lógica como herramientas únicas de representación fiable de la realidad” (33).

De esta dialéctica que Balibrea identifica nos interesa aquí prestar atención al uso particular que Vázquez Montalbán hace de la ironía en *L'art del menjar a Catalunya*. Tratándose de un recurso retórico dotado de un importante carácter moral y dialéctico, nos servirá para ver cómo el autor consiguió exhibir su postura crítica para protegerse de cualquier tipo de rigidez intelectual. Como apunta Lee Konstantinou, a pesar de que la ironía no esté asociada a una ideología concreta, “it is inescapably connected to political life because it forms, dissolves, and governs communities and informs action” (ix). Sin perder de vista el contexto histórico de la transición democrática, identificar algunos de los usos políticos de la ironía que aparecen en el texto nos permitirá entender mejor tanto su complejidad ideológica como su valor contestatario.

Tratándose de un libro dedicado a la cultura gastronómica, parece lógico que una de las funciones más recurrentes de la ironía sea conseguir transmitir, exagerándolas, las emociones asociadas al placer o al desagrado que el autor siente ante los distintos platos que degusta. Es habitual que se refiera, caricaturizándolos, a los sentimientos que le generan productos y conductas, como por ejemplo la “piedad estética” que le provoca el vegetarianismo, el “odio cordial” que siente por el hígado (99), o el desprecio del huevo duro “porque [...] la harinilla de la yema cocida puede lesionar un paladar sensible para toda la vida” (108). Que

el valor irónico de esos comentarios está ligado a la irracionalidad que convocan, lo deja claro el propio autor al advertir que “no hay odios ni amores tan arbitrarios como los del gastrónomo” (39). Además de las valoraciones personales sobre algunos productos, también es habitual la exageración en el relato de las experiencias culinarias asociadas a la desproporción y el exceso. En su vuelta gastronómica por Cataluña, por ejemplo, refiriéndose a la cocina gerundense, Vázquez Montalbán habla de su “última batalla pantagruélica contra las tentaciones convincentes de [la] señora Sisqueta” que poniendo en la mesa “*platillos*, canalones, pies de cerdo con caracoles, costillas de cerdo con ajoaceite, ensalada y butifarras” no dejó que “nuestro cerebro conectara con las posibilidades del estómago, haciendo veraz una vez más la vieja suposición de que el deseo sobrevive a la potencia” (36). Como queda claro en este caso, y así sucede en otras ocasiones en las que el autor se dedica a relatar sus hábitos gastronómicos —exuberancias, entusiasmos, disgustos y desengaños—, conviene destacar la función decorativa y lúdica que tiene la ironía, y que debe añadirse a la reivindicación hedonista que lleva implícita a la cual ya hemos aludido más arriba.

Además de los ejemplos dados, a lo largo del texto pueden identificarse fácilmente otras ocasiones en las que la función crítica de la ironía está asociado más claramente al contexto político del momento. Estos usos están relacionados, en su mayoría, con tres procesos históricos concretos: en primer lugar, la acelerada industrialización que había vivido —y seguía viviendo— el país; en segundo lugar, el paso de la dictadura a la democracia y el desencanto ideológico que Vázquez Montalbán asociaba a esa transición; y, por último, la rigidez del vínculo entre cultura e identidad que se estaba promocionando desde algunos sectores del catalanismo político.

Los cambios en la vida cotidiana que había supuesto del desarrollo urbanístico y el crecimiento desbocado del turismo son presentados por Vázquez Montalbán como indicios de un proceso de transformación social ya irreversible. Respecto a la precarización de la oferta gastronómica que esta situación había acarreado, Vázquez Montalbán escribe: “El paisaje catalán está ocupado en un cincuenta por ciento por carteles que anuncian urbanizaciones [,] y el cincuenta por ciento restantes lo ocupan carteles en los que se promete al viajero un paraíso gastronómico que sólo tiene dos caminos de llegada: el pan con tomate y jamón, y el con-

jo a la brasa con ajoaceite” (*L’art...* 17). El uso de la ironía para describir esa situación, y las consecuencias desoladoras que de ella se derivan, funciona como un mecanismo retórico transgresor destinado a cuestionar los hábitos que, progresivamente y de forma mayoritaria, iban siendo adoptados por gran parte de la sociedad española. En el mismo sentido, la referencia a la “creciente conspiración de la industria turística [que parece] dispuesta a aplastar todo aquello que no puede entender bajo el peso de dos mil toneladas de menús turísticos” (35) sirve a Vázquez Montalbán para, desde la exageración, criticar el contexto social e indicar los nefastos efectos que esa situación había tenido sobre la gastronomía local. Debido a ese impacto, de la otrora rica tradición culinaria catalana ya no quedaba “otra huella que el pan con tomate protegido por una peliculilla de jamón plastificado y una pata de conejo industrial, maltratada descuidadamente por un fuego desordenado y apenas balsamizada por un ajoaceite de *minipimer*” (18).

De ese mismo proceso imparable de mecanización e industrialización del mundo contemporáneo surgen también los comentarios satíricos sobre “la destrucción del pollo, y su conversión en un animal sintético” (103), “la producción en cadena de volátiles” (104), o la desaparición irreparable del “espléndido pasado del *embutidismo* catalán [que] ha quedado reducido a dos o tres variedades de butifarras y al salchichón” (120). Asociados a esa visión exclusivamente centrada en la explotación comercial de la alimentación, son recurrentes los comentarios sobre la triste “destrucción de la emoción gastronómica” (38), y la falta de “piedad y moral” de los “ecólogos, porque suelen ser científicos capaces de alimentarse con bocadillos de líquenes” (103). La lectura científica que desconsidera cualquier emoción asociada a la gastronomía está relacionada con la condena del autor a “la estética filiforme impuesta por los modistos y la mafia de especialistas en endocrinología” (57). Ese excesivo intervencionismo de la medicina en la vida cotidiana Vázquez Montalbán lo vincula a la destrucción de “la imaginación gastronómica, romántica, creativa, erótica. Una humanidad con el paladar mutilado es una humanidad frustrada como la que solo utiliza el alma de entropiadas para funciones mingitorias” (57). En estos ejemplos, la ironía sirve para denunciar algunas de las decepciones asociadas a los tiempos modernos. La visión desesperanzada asociada a esas “nuevas” pautas gastronómicas y dietéticas, es donde el influjo de Josep Pla –su obstinada pretensión de

convertir su obra en un registro de ciertas formas sensibles en proceso de desaparición— se revela más evidente.

A pesar de que a lo largo del libro Vázquez Montalbán intente distanciarse del lamento nostálgico que ofrece la mirada antropológica planiana, el recurso a la ironía consigue suscitar cierta ambigüedad respecto al vínculo del autor con el imaginario ideológico creado y defendido por el escritor ampurdanés. Así, si *El que hem menjat* (1972) era, en palabras del propio Pla, un libro dedicado en gran medida a rescatar del olvido la “nostra vella cuina familiar, que en definitiva és l’única que caldria mantenir i continuar” (Pla 9), en *L’art del menjar a Catalunya* sobrevuela un intento parecido, aunque en este caso quede corregido por la protección crítica y distanciadora que la ironía otorga.

A pesar de las duras críticas de Vázquez Montalbán al reaccionarismo de Josep Pla, a su “instinto racista” (41), a sus “banalizaciones ideológicas” (114), a “la arbitrariedad de sus razonamientos políticos” (40), o a “su condición de sumo pontífice [...] preconiliar” (35), el afecto con el que se refiere a la importancia de sus textos sobre gastronomía deja entrever la nostalgia del propio Vázquez Montalbán respecto a un tipo de cocina del pasado en vías de desaparición y a la que solo se podía regresar mediante el recuerdo: “Cuando uno vuelve la vista atrás para repasar lo que supo o lo que recordó suficientemente, la tristeza por lo que nunca probará es la conciencia misma de la finitud del hombre”(153). La importancia de la ascendencia planiana quedaría certificada algunos años más tarde en el magnífico prólogo que Vázquez Montalbán escribió para la edición castellana de *El que hem menjat*, y en la que destacaría la lucidez de Pla al advertir que “en la cocina cualquier tiempo pasado fue mejor, y que la sociedad burguesa [...] lo había impregnado todo de adoceamiento y prisa” (“Prólogo”11).

Desde este vínculo afectivo que ofrece la nostalgia compartida con Pla se entiende mejor el uso que Vázquez Montalbán hace de la ironía cuando reivindica su propia condición de retrógrado al recordar “aque- llos tiempos en que una paloma era una paloma y no una gallina gris y pequeñita. Aquellos tiempos en que una perdiz era una perdiz y no un pollito con pretensiones de perdiz” (115). Aludiendo al placer culpable que le proporciona ese “vencimiento ideológico” (106), el autor ironiza sobre la complacencia causada por “la nostalgia reaccionaria por aque- llas perdices para minorías que en contadas ocasiones [le] han llegado

[...] de la mano de cazadores furtivos” (106), y compara su debilidad con “el momento de abatimiento y de desánimo [que tuvo Cristo] en el huerto de Getsemaní” (106). Es, precisamente, gracias a la ironía con la que protege sus controvertidas opiniones, susceptibles de convertirse en foco de crítica, que Vázquez Montalbán consigue exhibir y justificar sus “debilidades de gastrónomo” (106).

Si la ironía es utilizada para censurar, desde los márgenes que ofrece la cultura gastronómica, algunas de las transformaciones culturales que se habían ido produciendo en la sociedad española, el autor también recurre a ella para visibilizar su posición desencantada y ambigua respecto a los logros obtenidos durante la transición política hacia la democracia. Aludiendo al cuestionamiento de la división entre ideología y sensibilidad a la que ya nos hemos referido más arriba, en distintos pasajes del libro Vázquez Montalbán no duda en aplaudir que, gracias a la democratización, “los políticos de izquierda aprecian la buena mesa y la conocen casi con tanta soltura como los de derechas” (151), y que hayan quedado finalmente atrás aquellos tiempos en los que “la izquierda intelectual del país [...] sentía escrúpulos de conciencia si alguno de sus miembros tomaba de vez en cuando una copita de coñac francés” (151). A pesar de esos éxitos incuestionables, el autor denuncia la “ignorancia irresponsable” y la “pérdida de imaginación de la burguesía catalana como consecuencia de la Guerra Civil” (38) que eran muy evidentes en el terreno de su “*deseducación gastronómica*”: “Cualquier líder de la burguesía progresiva se vanagloria de comer para vivir y no de vivir para comer. Salvaje. Salvaje, sí, porque por este camino llegamos a la reivindicación del pito frente a las filarmónicas” (38). Las referencias sarcásticas a la tragedia incontestable que supuso la Guerra Civil y la condena del relativismo cultural al que alude, solo pueden entenderse desde el valor políticamente subversivo que atesoran. La doblez irónica que Vázquez Montalbán aplica constantemente a sus afirmaciones es utilizada también para mostrar su distanciamiento respecto el dogmatismo asociado a las ideologías: “en la tendencia del mundo actual hacia los fascismos de izquierda y derecha, buena culpa tienen los especialistas en dietética que nos han condenado al mediocre paisaje del bistec a la plancha” (57). Lo mismo sucede con la actitud respecto a sus propias convicciones. La ideología es presentada como un producto del pasado cuyo valor, al igual que el de algunas recetas, parece haberse evaporado para siempre: “Sé que existen,

como sé que existe Laura Antonelli o sé que existirá la disolución del Estado en el contexto de una sociedad universal sin clases” (153).

La descripción de la penuria imaginativa que había asolado el mundo de la gastronomía va de la mano de la crítica a la falta de ilusión y entusiasmo de los nuevos políticos. En el caso particular de Cataluña, el autor compara la magnífica cocina promocionada por la “derecha civilizada” (37) de comienzos de siglo – “sus menús [...] parecen el recetario de toda una semana de comidas, cenas, incluso meriendas” (38) –, y la triste propuesta gastronómica que ofrecían los nuevos tiempos:

Si les describo un “banquete” [...] de mitin político de Jordi Pujol diciéndoles que lo más sobresaliente fue una tajadita de carne a la jardinera sumergida en un jardín hortícola que igual hubiera podido acompañar como relleno de un cataplasma, comprenderán mi drama íntimo, el drama que debe asumir un país entero comparándolo a los banquetes reales de promoción de la “Lliga” y sus dirigentes servidos en restaurantes de leyenda como el Glacier, el Ecuestre, la Maison Dorée, el Restaurant del Tibidabo o el del Hotel Colón. (37)

La función correctiva del sarcasmo es también muy evidente en el intento del autor de desestabilizar aquellos discursos que, desde el catalanismo político, confiaban en los mitos del pasado lejano para justificar la continuidad histórica de la identidad catalana. Las referencias a la Reconquista cuyo recuerdo el franquismo había patrocinado y su comparación con la “reconquista gastronómica de Cataluña que algún día tendrá su Don Pelayo, o su Senyor Pelai, para ser más fieles al espíritu de la letra” (33), parecen alertar al lector de algunas de las posibles consecuencias de la asunción del nacionalismo como cultura política. Del mismo modo funciona la alusión al vínculo entre lengua y nación que se da en Cataluña: “Fue Nebrija el que dijo «siempre fue la lengua compañera del imperio» y nadie tiene por qué interpretar la palabra lengua en una sola significación” (20). Los comentarios con voluntad satírica sobre la singularidad de la esencia catalana aluden al supuesto vínculo “profundo de los catalanes con su tierra”, que el autor describe como

un arraigo más sentimental que dramático, como si las raíces fueran a la vez largas y blandas, sin el menor parecido con esas raíces castellanas, tan de

encinar, tan retorcidas ellas, tan de muela empecinada y bestia que te atraviesa el mentón y te nace de las entrepiernas del alma. (50)

Con la misma intención de desactivar desde la ironía los discursos esencialistas asociados a la identidad catalana, Vázquez Montalbán discurre sobre la “relación biogenética” (50) entre el pan con tomate y “la abundancia de tenores líricos entre la población masculina catalana” (50), hasta llegar a la caricatura de los embutidos catalanes que son interpretados por el autor “como una reminiscencia de algún ritual fálico” (29). Esa función subversiva de la ironía aplicada a cuestiones ligadas con la exclusividad identitaria toma su forma más exagerada en una larga digresión sobre el “pedo catalán”, que es interpretado como “la «*rauxa*», la pequeña locura realizada en familia” en el que Vázquez Montalbán ve “un lúcido regreso a la infancia reprimida por tanto «*seny*»” (111). Los ataques a la visión esencialista de la identidad a través de la ironía o la ridiculización de los estereotipos, enfatizan la apuesta del autor por deconstruir el relato de la cocina catalana e insistir en la condición mestiza de la cultura gastronómica autóctona. Sus alusiones a las formas híbridas que propone la cocina fronteriza (31), la importancia de la influencia francesa, o las infiltraciones de la cocina castellana en Cataluña (32), son utilizadas para subrayar las afinidades existentes entre tradiciones gastronómicas supuestamente diferenciadas. Al referirse a las judías estofadas, por ejemplo, Vázquez Montalbán recuerda que “también se hacen en Almería o en Badajoz. O judías con tocino, plato que igual puede comer uno junto al Misisipi en compañía de Hemingway que en el Senegal, un día que Senghor esté de buenas” (13). Del mismo modo, las recetas de judías rojas catalanas “son recetas primas hermanas de cualquier receta zaragozana, gaditana, o bielorrusa” (113). Lo mismo ocurre con la variedad de productos con los que se preparan arroces, “que llegaron con la invasión charneca y que tuvieron éxito en años de vacas flacas, como el arroz con judías y nabos alicantino y murciano, que en Cataluña se resolvió como un arroz caldoso con morro de cerdo, nabos, moniatos, morcillas de cebolla, huesos de espinazo y judías o garbanzos” (57). Haciendo referencia a las similitudes entre platos de distintas tradiciones, y a pesar de que identificar una cocina tradicional conlleve, inevitablemente, cierto “nostalgic enactment of identity” (Raspa 1984), Vázquez Montalbán consigue acentuar la importancia decisiva de las combinacio-

nes y cruces culturales para dejar ver de qué manera lo que se reconoce como gastronomía autóctona es el fruto de un proceso natural e inevitable de mezclas y adaptaciones.

Conclusión

En *L'art del menjar a Catalunya* (1977) Vázquez Montalbán se acercó a la cocina catalana con la intención de rehabilitar parte de la memoria histórica y el patrimonio cultural de Cataluña que habían sido cancelados por el franquismo. Como hemos apuntado más arriba, en el momento de su aparición la crítica enfatizó el importante valor que el libro tenía para la confección de un nuevo relato democrático que permitiera recuperar las señas de identidad gastronómica catalana. En el momento de su aparición, el valor del libro que más entusiastamente se destacó estaba en sintonía con el posicionamiento de Vázquez Montalbán respecto a las reivindicaciones políticas de Cataluña. Aún así, además de esa función de restauración cultural que el libro sin duda tuvo, conviene no perder de vista el valor subversivo que va en contra de aquél que, en un primer momento, y en exclusiva, se le concedió.

Como ya había ocurrido en algunas de sus primeras novelas, hablar de gastronomía fue una hábil manera que Vázquez Montalbán encontró de romper con la dicotomía entre sensibilidad y compromiso, y cuestionar así la rigidez de los dogmatismos ideológicos. En el caso concreto de *L'art del menjar a Catalunya*, dedicar un libro a la cocina popular catalana permitió al autor cuestionar cómo se estaban intentando reacomodar, desde el nacionalismo catalán, las jerarquías culturales en Cataluña. Asimismo, le valió para poner por escrito sus objeciones respecto al vínculo esencial entre cultura e identidad que se buscaba desde cierto catalanismo político, y que seguiría activo de modo acusado durante los primeros años del pujolismo (Crameri 35). Al afrontar, desde la gastronomía, esas dos problemáticas, el autor mostró sus escrúpulos ante cualquier forma de higienización cultural que se intentara promover. Si, precisamente, la activación de la ironía en su escritura resultó fundamental para esos dos propósitos fue porque, como explica Søren Kierkegaard para concluir *The Concept of Irony*, una función crítica fundamental del procedimiento irónico consiste en desvelar que no hay una verdad absoluta detrás de los fenómenos y que, además, la propia ironía “prevents all idol worshipping of the phenomenon” (Kierkegaard 329).

En el caso particular del contexto catalán, si desde el discurso oficial se optó por hacer caso omiso del sesgo irónico del libro fue porque en el momento en que se publicó todavía no se había producido el abandono, aunque fuera parcial, del resistencialismo como discurso legitimador de la cultura catalana. De este modo, la lectura interesada y deliberadamente sesgada que se hizo de *L'art del menjar a Catalunya* habla, precisamente, de la fuerte dependencia de la política que en ese tiempo existía dentro del campo cultural catalán. Al fin y al cabo, a pesar de la voluntad del autor, la ironía no deja de ser un modo de lectura dependiente en gran medida de la voluntad del intérprete y que requiere por su parte “an attitude toward both the said and the unsaid” (Hutcheon 11). Tomando en cuenta las palabras de Linda Hutcheon, si más allá de la lectura oficial del libro hemos podido rescatar su valor subversivo ha sido, precisamente, destacando aquello que el libro deja sin decir a las claras, y que puede descubrirse atendiendo al uso constante de la ironía por parte del autor.

Partiendo de esa actitud subversiva que el texto atesora, en la última parte del artículo nos hemos centrado en identificar ciertos usos políticos de la ironía por parte de Vázquez Montalbán. Según hemos podido demostrar con algunos ejemplos, en *L'art del menjar a Catalunya* la ironía montalbaniana sirvió para que el escritor expusiera sus dudas e incertidumbres tanto en lo que se refiere al contexto político del momento como respecto a sus propias convicciones. Por todas las razones aducidas, relacionadas con el valor subversivo que el libro tiene y que aquí hemos intentado subrayar, *L'art del menjar a Catalunya* puede ser leído hoy como un buen ejemplo del singularísimo papel que Vázquez Montalbán jugó como intelectual público en la reconfiguración del espacio cultural catalán durante la Transición, y que todavía conviene estudiar con detalle y sin cortapisas.

Bibliografía

- Agulló, Ferran. *Llibre de la cuina catalana*, Barcelona: Altafulla, 1999. Impreso.
- Amat, Jordi. *El llarg procés. Cultura i política a la Catalunya contemporània (1937-2014)*. Barcelona: Tusquets, 2015. Impreso.
- Balibrea, Mari Paz. *En la tierra baldía. Manuel Vázquez Montalbán y la izquierda española en la posmodernidad*. Madrid: El Viejo Topo, 1999. Impreso.

- Bell, David & Gill Valentine. *Consuming Geographies. We Are Where We Eat*. London: Routledge, 1997. Impreso.
- Castellet, Josep Maria. “Les relacions entre les cultures en el món d’avui i el cas de l’Estat espanyol”. VV.A.A. *Reflexions crítiques de la cultura catalana*. Barcelona: Department de Cultura de la Generalitat de Catalunya, 1983: 103-130. Impreso.
- Cirici, Alexandre. *L’art gòtic català. Segles XIII i XIV*. Barcelona: Edicions 62, 1977. Impreso.
- Colmeiro, José. *El ruido y la furia. Conversaciones con Manuel Vázquez Montalbán, desde el planeta de los simios*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2013. Impreso.
- . *Crónica general del desencanto: Vázquez Montalbán – Historia y ficción*. Barcelona: Anthropos, 2014. Impreso.
- . “Memoria, ideología y heterodoxia: Contra el pensamiento hegemónico”. *Cuadernos de Estudios Manuel Vázquez Montalbán*, 3 (2017): 3-24. Web.
- Crameri, Kathryn. *Catalonia. National Identity and Cultural Policy (1980-2003)*. Cardiff: University of Wales Press, 2008. Impreso.
- Hutcheon, Linda. *Irony’s Edge. The Theory and Politics of Irony*. New York-London: Routledge, 1994. Impreso.
- Ichijo, Atsuko & Roland Ranta. *Food, National Identity and Nationalism: From Everyday to Global Politics*. New York: Palgrave Macmillan. 2016. Impreso.
- , Venetia Johannes & Ronald Ranta. *The Emergence of National Food. The Dynamics of Food and Nationalism*, New York-London: Bloombury Academic, 2019. Impreso.
- Johannes, Venetia. *Nourishing the Nation. Food as a National Identity in Catalonia*. New York/Oxford: Berghahn, 2019. Impreso.
- Kierkegaard, Søren. *The Concept of Irony with Continual Reference to Socrates*. Princeton: Princeton University Press, 1989. Impreso.
- Konstantinou, Lee. *Cool Characters. Irony and American Fiction*. Cambridge: Harvard University Press, 2016. Impreso.
- LaCapra, Dominick. *History, Politics, and the Novel*. Ithaca: Cornell University Press, 1987. Impreso.
- Mercer, Leigh K. & H. Rosi Song. “Catalanidad in the Kitchen: Tourism, Gastronomy and Identity in Modern and Contemporary Barcelona”. *Bulletin of Spanish Studies*, 97:4, 2020: 659-680. Impreso.

- Pla, Josep. *El que hem menjat. Obra completa. Volum XXII*. Barcelona: Destino, 1972. Impreso.
- Raspa, Richard. "Exotic Foods among Italian-Americans in Mormon Utah: Food as Nostalgic Enactment of Identity." Linda Keller Brown & Kay Mussell (eds.) *Ethnic and Regional Foodways in the United States: The Performance of Group Identity*. Knoxville: University of Tennessee Press, 1984: 185-194. Impreso.
- Rubert de Ventós, Xavier. "Cultura i política". VV.A.A. *Reflexions crítiques de la cultura catalana*. Barcelona: Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, 1983: 157-177. Impreso.
- Sanuy, Francesc. "Pròleg". Direcció General de Turisme. *Congrés català de la cuina (1981-1982)*. Barcelona: Departament de Comerç i Turisme, 1982: 3-4. Impreso.
- Sempronio. "Cartas de Sempronio". *Destino*, 2099, 29 dic. 1977: 48-49. Impreso.
- Smith, Anthony D. *Nationalism: Theory, Ideology, History*. Cambridge: Polity Press, 2001. Impreso.
- Tyras, Georges. *Geometrias de la memoria. Conversaciones con Manuel Vázquez Montalbán*. Barcelona: Editorial Alrevés, 2018. Impreso.
- Vázquez Montalbán, Manuel. "La Diada Nacional de Catalunya". *Triunfo*, 712, 18 sept. 1976: 8-10. Impreso.
- . "Pujol, Pujol, Pujol". *Triunfo*, 730, 22 enero 1977: 12. Impreso.
- . "Volem l'Estatut". *Triunfo*, 744, 30 abril 1977: 10-11. Impreso.
- . "Cataluña, bajo el signo del pacto". *Triunfo*, 750, 11 junio 1977: 30-3. Impreso.
- . "Tarradellas. La resurrección del viejo caballo". *Triunfo*, 754, 9 julio 1977: 14-15. Impreso.
- . "Catalunya, esperando a Godot y a Tarradellas". *Triunfo*, 755, 16 julio 1977: 16. Impreso.
- . "Los catalanes han actuado ahora le toca al gobierno". *Triunfo*, 764, 17 sept. 1977: 8-10. Impreso.
- . "El degaullismo catalán entre la vida y la muerte". *Triunfo*, 773, 19 nov. 1977: 7. Impreso.
- . *L'art del menjar a Catalunya. Crònica de la resistència dels senyals d'identitat gastronòmica catalana*. Barcelona: Edicions 62, 1977. Impreso. [Traducción castellana: *La cocina catalana. El arte de comer en Cataluña*. Barcelona: Ediciones Península, 1979. Impreso.]

- . “Prólogo. El profeta de la dieta mediterránea en el supuesto caso de que exista la dieta mediterránea”. Josep Pla. *Lo que hemos comido*. Barcelona: Editorial Destino, 1997: 11-14. Impreso.
- . *Contra los gourmets*. Barcelona: Editorial Mondadori, 1997. Impreso.
- . *La literatura en la construcción de la ciudad democrática*. Barcelona: Editorial Crítica, 1998. Impreso.
- V., J. “L’art de menjar a Catalunya, de Manuel Vázquez Montalbán”. *La Vanguardia*, 5 enero 1978: 29. Impreso.
- Vallès, Edmon. *Història gràfica de la Catalunya autònoma. La Pau. Del 14 d’abril de 1931 al 19 de juliol de 1936*. Barcelona, Edicions 62, 1977. Impreso.
- Villarroya, Anna. “Cultural policies and national identity in Catalonia”. *International Journal of Cultural Policy*, 18:1, 2012: 31-45. Web.